WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ



El fantasma

N.º 61

Dos amigos, Teófilo y Tomás, se comprometen bajo juramento a que el que primero muera hará de guía y tutor del otro.

Muere Tomás y se le aparece insistentemente a Teófilo para advertirle que no se case con Juana, su novia, porque no será feliz y que lo haga con Petrilla, la hija de su patrona.

El amigo muerto le advierte también de que no entre en un negocio porque se va a arruinar, que lo haga en otro…

El espectro del amigo vuelve a advertirle de otro asunto y Teófilo sigue sin hacerle caso y se muere. La conclusión es que el hombre nunca aprende porque es demasiado orgulloso…

Por eso el propio hombre es el enemigo de su felicidad…

Wenceslao Fernández Flórez

El fantasma

La novela del sábado - 61

ePub r1.0
Titivillus 24.07.2024

Título original: *El fantasma*
Wenceslao Fernández Flórez, 1954
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Protéjalos con un Seguro de Vida

que les garantice el logro de sus aspiraciones y un punto de apoyo para encauzarse definitivamente hacia el éxito en su vida.

Oiga

-como la voz de un amigo- el consejo del Agente de

LA "SUD AMERICA"

COMPAÑIA DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

(Inscrita en el Brasil con el nombre de "Sul América")

DIRECCION GENERAL PARA ESPAÑA: PLAZA DE CANOVAS, 4

M A D R I D

Si desea recibir un folleto ilustrado sobre el Seguro de Vida, envienos su nombre y apellidos, domicilio y edad de Vd. y de sus hijos.

Aprobado por la Direccion General de Seguros

VIAJES A PARIS

por 3.000 pesetas

EN AUTOCAR PULLMAN DE LUJO

SALIDAS MENSUALES

(11 días de viaje)

VISITANDO:

BURGOS (Y LA CATEDRAL), SAN SEBASTIAN, BURDEOS, ANGULEMA, RUTA DE LOS CASTILLOS DEL LOIRA, PARIS (ESTANCIA DE 5 DIAS), ORLEANS, VIERZON, LIMOGES, AGEN, LOURDES (VISITA DE LA GRUTA Y MISA), ZARAGOZA (VISITA DEL PILAR), ALHAMA DE ARAGON Y LLEGADA A MADRID. FIN DEL VIAJE

Informes e inscripciones:

WAGONS-LITS//COOK

(A. V. G. A. T., 5)

ALCALA, 23,
C. SOTELO, 14
Palace Hotel
o en
cualquiera de
nuestras
agencias de
España



PROXIMO NUMERO

Los raíles.—Miguel Delibes.

ULTIMOS NUMEROS PUBLICADOS

33. **El secreto.**—Mercedes Fórmica.
34. **Dos corazones con ruedas.**—Juan A. Cabezas.
35. **La otra ciudad.**—Elena Quiroga.
36. **Los mejores cuentos de Navidad.**
37. **El fin del mundo.**—J. A. Giménez Arnáu.
38. **Lluvia de arena.**—Claudio de la Torre.
39. **Los últimos de Filipinas.**—Enrique Llovet.
40. **La gorriona.**—Padre Luis Coloma.
41. **El vagabundo.**—Ramón Ledesma Miranda.
42. **Martín Nadie.**—C. Fernández Luna.
43. **La guerra de Dios.**—Vicente Escrivá.
44. **Eclipse de Tierra.**—Mercedes Ballesteros.
45. **Pipo, perro.**—Antonio Pérez Sánchez.
46. **El buen Sancho.**—Azorín.
47. **Alejandra y Carlino.**—César González-Ruano.
48. **El Mercado.**—Ignacio de Aldecoa.
49. **El viaje divertido.**—Carmen Laforet.
50. **La madrastra.**—Alfonso Hdez. Catá.
51. **El sainete triste.**—Tomás Borrás.
52. **El cuclillo de la madrugada.**—José Luis Acquaroni.
53. **Para que el gato sea limpio.**—Jacinto Benavente.
54. **Farruquiño.**—Gonzalo Torrente Ballester.
55. **Antonio.**—Eugenia Serrano.
56. **Teresa Ferrer.**—Rafael Azuar.
57. **La golondrina y los rascacielos (Nueva York hace treinta años)**.—Federico García Sanchiz.
58. **La última dicha.**—Luisa Alberca y G. S. Caseca.
59. **De oro y azul.**—Josefina Carabias.
60. **Los caballeros las prefieren castañas.**—Tono.

Tarifa de suscripción a "La Novela del Sábado":

A 12 números	....	68 pesetas.
A 25 "	....	138 "
A 52 "	....	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Ediciones Cid, Desengaño, 9, Madrid. Teléfono 31 05 12, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito, con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

I

Teófilo Arnal estaba profundamente desesperado.

—¡Por cinco minutos, Tomás! —repetía—. ¡Por cinco minutos de charla con el imbécil de Veloso he perdido una fortuna: la ocasión de hacerme rico, que no volverá jamás! ¡Es para matarse, vaya!

La verdad es que Tomás Capulino se moría de sueño, porque la una de la noche había sonado ya y no era él hombre que estuviese habituado a tan larga vigilia. Es oportuno decir que Arnal le había contado ya dos o tres veces la historia de su desgracia hasta en los más pequeños detalles, y que a pesar de sus bondadosos sentimientos, no experimentaba la menor necesidad de oírla referir nuevamente. Sin embargo, murmuró:

—¡Horroroso! ¡Horroroso!

Nada podría reprocharse al tono compungido con que Tomás pronunció estas palabras, ni a su gesto de apesadumbrada condolencia, ni a su actitud cavilosa. Ningún psicólogo sería capaz de comprender que el excelente hombre, mientras expresaba así su pesar, mantenía una denodada lucha por reprimir un bostezo. No obstante, era verdad. Capulino sentía que este bostezo pugnaba por separarle las mandíbulas. Cuando advirtió los primeros síntomas pensó:

«Podré reprimirlo. No quiero que Teófilo crea que me aburren sus quejas».

Después, cuando el bostezo le entreabrió los labios, se dijo:

«¡Señor, qué inconveniencia!».

Y redobló su disimulo. Pero, bruscamente, el bostezo adquirió una fuerza extraordinaria. Abrió en toda su magnitud la boca de Capulino y precipitó una tromba de aire en sus pulmones con estrépito incontenible. Hinchó el pecho, rugió en la garganta, agitó los brazos e hizo acudir lágrimas a los ojos. La amable corrección de Capulino se sintió arrollada, como una llanura sobre la que se rompe un dique. Tuvo aún presencia de ánimo para confesarse.

«¡No puedo!… Es más fuerte que yo».

Y se rindió al voluptuoso desperezamiento.

Al recobrar su dominio, Tomás reconoció que debía borrar con su solicitud aquella descortesía, y facilitó a Teófilo la ocasión de narrar por cuarta vez lo ocurrido.

—No comprendo —gimió— cómo pudo suceder todo eso.

—Pues *velay*. Si por la mañana, al pasar ante la Administración de Loterías, hubiese llevado dinero, el billete sería mío. Me detuve y anoté el número. Adiviné que era una corazonada y me apresuré a salir de casa después de almorzar para que nadie se anticipase a comprarlo. Tres metros antes de la Administración oigo una voz: «¡Eh! ¡Arnal! ¡Arnal!». Era Veloso, a quien Dios confunda. Nos saludamos. Te juro, Tomás de mi alma, que toda nuestra conversación se redujo a lo que vas a oírme: «¡Tanto bueno!», exclamó él. «¡Amigo Veloso!», grité yo. «¿Y qué dice el hombre?». «Pues nada. ¿Qué hay por ahí?». «Ya ve usted». Él me miraba sonriendo, clavado en la acera y golpeando ligeramente el suelo con su bastón. Entre frase y frase abría una pausa. «De modo que dando una vueltecita, ¿no?». «Sí, señor». «No hay más remedio». Yo callé. «Bueno, hombre, bueno; pues… no se venda usted tan caro». Me dio una palmadita en el pecho. «Adiós, amigo Veloso». «Se le saluda», contestó. Dime, por tu alma: ¿has oído algo más idiota en toda tu vida? Pues para decir estas frases sin interés y sin sentido me detuvo cinco minutos ese monstruo e impidió mi felicidad, porque cuando entré a comprar el billete me informó el lotero que lo acababa de vender a un individuo con quien me crucé en el umbral. Y hoy leo el periódico, y helo ahí: el 1.045 se ha llevado el premio mayor.

—¡Horrible! —gruñó Capulino desde la frontera del sueño—. Pero yo, en tu caso, dejaría con su estúpida palabra en la boca al bueno de Veloso y…

—Querido Tomás, considera que yo no podía prever que mi suerte dependía de aquel breve diálogo.

—Es verdad.

Habían llegado al cruce de dos calles.

—¿Por dónde vamos?

—Es igual.

Siguieron al albur: Teófilo, hablando enardecido; Tomás, en lucha con otro bostezo, que se anunciaba más poderoso y desaforado que el anterior. Una motocicleta se acercó, detonante y rápida. Arnal confiaba entonces este acongojado presentimiento a su entrañable amigo:

—Siempre seré un hombre de poca suerte, Tomás.

Calló, porque esperaba oír de labios de su acompañante frases de bondadosa condolencia, o, lo que era más probable, una alentadora oposición

a tal pesimismo, y esto le proporcionaría el amargo placer de insistir en sus predicciones. Capulino abrió, en efecto, la boca; pero en vez de las frases previstas por Arnal, exhaló un gemido y se lanzó tan violentamente sobre su camarada, que ambos rodaron por el suelo, aturdidos y apelotonados.

Cuando comprendió lo que había ocurrido, Arnal se puso en pie y corrió tras la motocicleta que huía:

—¡Canallas! —vociferaba—. ¡Bandidos!

Otro transeúnte, testigo del atropello, agitaba su bastón desde el borde de la acera.

—¡Canallas!

Y Capulino, sentado en las losas, se entregaba a lamentaciones de mayor trascendencia:

—¡Aquí no hay Ordenanzas, ni Policía, ni Ayuntamiento! ¡No le importa a nadie la vida de un ciudadano! ¡Asesinos!

Teófilo acercóse a él:

—¿Te has hecho daño?

—Me parece que no —dijo sin gran convencimiento.

Y un minuto después continuaban su marcha, limpiando a la vez con las mangas de las chaquetas los sombreros, que habían rodado por el arroyo.

El incidente aumentó el mal humor de Arnal.

—Me gustaría que reconocieses —dijo a su amigo— que la vida es estúpida y que el papel que los hombres desempeñamos en este mundo no puede ser más absurdamente triste. Hay un dios terrible que se burla de nuestros esfuerzos y que nos hace caminar incesantemente sobre escotillones que obedecen su voluntad caprichosa. Este dios de poderío inesquivable es el Azar. Mientras no escalemos el Olimpo en que se esconde, mientras no podamos conjurarle a abandonar para siempre este planeta, a renunciar a sus maleficios, la Inarcha del género humano hacia la felicidad será como el caminar de un ciego. ¿De qué vale que un hombre oriente su vida hacia un ideal, si la casualidad puede destruir en un momento la labor de su perseverancia? En la historia de los pueblos ha intervenido más que nada el Azar, y la vida de los individuos no es sino una serie de sucesos casuales, casi siempre sin conexión con sus propósitos, y muchas veces antagónicos a éstos. Edifica una ética, y la verás derribada por una cabriola del Azar. Organiza una existencia, encarrila un esfuerzo, y cuando crees que todo va a realizarse conforme a las conclusiones de la lógica, el Azar te ofrece un resultado incongruente. ¿Es esto serio?

—No, no es serio —asintió el amable Capulino.

—¿Encomendarías a un prestidigitador la dirección de un Banco? Las gentes se reirían de ti y se guardarían de acudir a tus oficinas. Pues la realidad de nuestro vivir cotidiano está encomendada a una especie de prestidigitador, que se encarga de escamotear los efectos razonables y de intercalar causas disparatadas. ¿Qué ocurriría si una línea recta pudiese, de repente, ser curva, y si dos y dos, porque sí, se empeñasen a veces en ser ocho? Las ciencias se apresurarían a declarar que les era imposible seguir subsistiendo mientras semejante informalidad persistiese. Sin embargo, la vida está a merced de absurdos mayores, hasta tal punto que el último ser que tiene potestad sobre el destino de un hombre es este mismo hombre. El Azar le trae, el Azar le lleva, le descompone, le aniquila, o le enriquece y le encumbra; le hace donación arbitraria del mal y del bien, de la alegría y del dolor. El Azar ha impedido que yo fuese hoy poseedor de una fortuna. Ese imposible lógico de que un hombre detenga, para hablarle, a otro hombre a quien nada tiene que decir y del que nada espera escuchar, se ha realizado para que yo no comprase el billete. Cuando vacilamos en la encrucijada era igual para nuestros fines seguir la calle de la derecha o la de la izquierda. La lógica nos decía: «Tanto da: por cualquiera de ambas vías llegaréis a vuestro destino». Pues no era así. Si hubiésemos seguido la calle de la izquierda no nos habría atropellado la «moto», que bien pudo matarnos poniendo un estúpido fin a nuestra historia.

—Sería horrible.

—Sería imbécil El Azar es imbécil. No nos permite seguir nuestras normas, destruye las previsiones de apariencia más inconmovible… Por culpa de él no hay hombre al que pueda considerarse, en justicia, como responsable de sus actos. Al presentarnos al Juicio final, todos podremos decir: «Yo quise hacer esto o lo otro y no lo hice; pero mientras se consienta que la Casualidad ande urdiendo diabluras por el mundo adelante… me lavo las manos». ¿No crees que la vida sería mucho mejor y la felicidad más asequible si desapareciese el Azar con todas sus complicadísimas contingencias?

—Creo que sí.

Callaron. Arnal puso un ruidoso colofón a su discurso pegando una patada a una lata de conservas vacía, que dio quince o veinte saltos estrepitosos sobre las piedras. Después, el hombre, descontento, se abismó en una silenciosa meditación. Y en ella encontró nuevas ideas.

—Es curioso observar —dijo— que los hombres apenas han intentado la lucha contra estos fenómenos. La Humanidad está obsesionada por el pensamiento de la muerte, y se preocupa de la vida menos de lo recomendable. Es muy frecuente el caso de dos personas que se comprometen

con reciprocidad a avisarse, muerta uña de ellas, de si hay o no hay una persistencia del espíritu, una vida ulterior. Este pacto me ha parecido siempre despreciable. Jamás molestaría a un fantasma para que viniese a hacerme confidencias de esta índole. Al fin, todos hemos de enterarnos de lo que suceda después, porque todos morimos. En cambio, a nadie se le ha ocurrido prevenirse por un medio análogo contra el Azar…

Se detuvo, hizo más vehemente su voz y agarró el brazo de su amigo.

—Escúchame, Tomás. He aquí una magnífica idea. Tú y yo somos dos excelentes camaradas y poseemos la seriedad suficiente para cumplir un compromiso que determinemos por nuestra libre voluntad. Te voy a proponer un estupendo negocio. Tomás, óyeme bien. ¿Te molestaría mucho presentarte a mí después que murieses?

—¡Hombre, por Dios! Tendría mucho gusto —afirmó cumplidamente Capulino.

—Fíjate, Tomás. ¿Estás perfectamente despierto?

—Sí; lo noto en el sueño que tengo.

—Bien; presta atención. Vamos a jurar que el que de los dos fallezca primero vendrá a ser guía del otro, su protector incansable contra todas las asechanzas de la Casualidad, el que lo aparte de la desgracia imprevista, del insospechable factor hostil, y, si esto es posible, el que le advierta los errores y le vaticine el dolor o el engaño que haya al final de la senda que siga; el que, en fin, libre a la razón del que sobreviva de alucinaciones funestas… ¿Quieres?

—Quiero.

—Si yo muriese antes que tú, mi espíritu no te abandonaría nunca.

—¡Caramba, Teófilo, qué exageración! —gruñó Capulino un poco preocupado—. No me gusta imponer sacrificios a nadie… Bastaría con que jurase yo…

—No; es un pacto recíproco.

Arnal arrastró a su amigo hasta las gradas de la Catedral, que proyectaba una sombra inmensa sobre la plaza. Descubriéronse.

—Repite estas palabras: Por la eterna salvación de mi alma, juro…

—… juro…

—… que si muero antes que Teófilo Arnal…

—… Arnal…

—… mi espíritu…

—… mi espíritu…

Cuando el juramento terminó se miraron sonrientes.

—Por supuesto —insinuó el incrédulo Capulino— que esto me parece una tontería.

—¡Ay! —suspiró Arnal—. Pienso lo mismo. ¡Qué enorme pena! Uno de nosotros podría ser feliz si nos fuese dado cumplir nuestra promesa.



II

Abrió el estuche y mostró la pulsera a su amigo.

—¿Qué te parece, Tomás?

Tomás se inclinó para contemplar la alhaja decidido de antemano a declarar que era magnífica. Entre los atentos rostros de los dos hombres vino a interponerse una cabeza juvenil, de pelo rizoso. Probablemente, absortos en los graves pensamientos que la pulsera les suscitaba, ninguno de ellos hubiese advertido la proximidad del tercer admirador de la joya si Arnal no sintiese de repente la sensación de una quemadura en una pierna.

—¡Petrilla! —gritó—. ¿Quieres tener cuidado? ¡Me has echado dos reales de café hirviendo en un muslo!

La propietaria de la cabeza juvenil de pelo rizoso, Petrilla, la hija de la patrona que hospedaba a Arnal, sonrojóse y se alejó suspirando del grupo.

—Pero —gruñó Arnal—, ¿por qué te vas sin llenarnos las tazas?

Petrilla regresó aún más enrojecida. Entonces Teófilo continuó instruyendo a su amigo.

—Debes ponerte el chaquet. Te esperan esta tarde, a las cinco… Es muy fácil; no creo que debas estar muy preocupado…

—Sin embargo —objetó Capulino—, tú sabes que carezco de dotes oratorias…

—Querido Tomás, tiemblo ante la sospecha de que se te haya ocurrido pronunciar un discurso. La mano de una muchacha se pide con media docena de palabras. Júrame que no intentarás excederte.

—No podré. Comprendo que debiera hacer tu panegírico, pintar el cuadro de la felicidad que espera a tu prometida…, pero no podré. Soy demasiado tímido…

—Bendita sea tu timidez… ¡Petrilla!… ¡Gran Dios! ¿Qué te pasa hoy? Estás echando café en el azucarero. ¡Oh, es terrible! ¿Cuándo tendrá uno su propia casa, para no presenciar estas abominaciones?

La joven huyó, llorosa, y poco después, apretando fuertemente entre sus dedos el estuche de la pulsera, preocupado con la idea de que le fuese robada,

el bondadoso Capulino marchó a enfundarse en su chaquet.

A decir verdad, la ceremonia fue más sencilla de lo que él había imaginado. Los padres de Juana, la prometida de Teófilo Arnal, no hicieron de él gran caso. La madre lloró; después comentó la dificultad de encontrar casas desalquiladas; luego volvió a llorar, asegurando que nadie quería a su hija más que ella, y por último, repitió tantas veces, dirigiéndose a Tomás: «¡Ustedes no saben lo que es ser madre!», que Tomás se creyó en el caso de dejar caer la cabeza sobre el pecho y suspirar profundamente, como para demostrar así su humillación y su vergüenza ante tal incorregible ignorancia.

Aquella noche ocurrió un suceso fatal. Los dos amigos fueron invitados a comer en casa de la novia. Juana deleitó a su prometido con las delicadezas de su corazón enamorado. Desde luego, se opuso a casarse con indumentaria de viaje. Exigió el traje blanco, el largo velo, un montón de azahar y un complicado ceremonial religioso. Después insinuó sentimentalmente la necesidad de que se obtuviese una fotografía de la boda, para ser publicada en las grandes revistas. Su tierno afán sufrió en este punto una perplejidad. ¿Sería preferible el retrato al salir del templo? ¿O acaso en el momento de la bendición, arrodillados ante el cura, entre los padrinos? Teófilo la escuchaba íntimamente feliz, deduciendo de cada preocupación de la novia esta seguridad encantadora:

—¡Cuánto me quiere, Señor, cuánto me quiere!

Y fue después, unos minutos antes de abandonar la casa, cuando sucedió la escalofriante tragedia. ¡Oh, aparentemente, un hecho trivial, un detalle baladí, y, sin embargo!…

He aquí lo que fue:

El padre de Juana repartió unos cigarrillos. Teófilo Arnal recordará siempre que eran unos cigarrillos con boquilla de cartón que olían horrendamente, y también que tuvo, a la primera chupada, la sospecha de que estaban hechos con colillas de puro. Pero esto apenas tiene importancia. El caso es que el padre de Juana repartió unos cigarrillos. Y después frotó un fósforo. Con este fósforo encendió su tabaco, hizo ascua en el de Arnal y también en el de Capulino. Capulino se inclinó, torció un poco sus ojos, como si se mirase la punta de la nariz, pero en realidad para observar el extremo de su cigarro, tosió y dio las gracias con un movimiento de cabeza.

Sonó un grito.

Arnal, pálido, puesto en pie, contemplaba aterrado a su camarada.

—¿Qué ocurre? —preguntó el dueño de la casa.

—¿Qué ocurre? —inquirió la hija.

Arnal escondió el rostro entre las manos, como para huir de una visión horrible.

—¡El tercero! —balbució—. ¡Ha encendido el tercero con la misma cerilla!

Todo el mundo sabe que en los países civilizados se ha descubierto, hace algunos años, que aquel que prende fuego a su pipa, a su puro o a su cigarrillo con un fósforo que ya han utilizado otros dos, es condenado a morir por un destino misterioso y reciente que no perdona jamás. ¿Qué secreto se oculta tras esta fatal condenación ineludible? Nadie lo ha podido investigar. Ciertamente, el hombre camina entre tinieblas, y es en vano que se esfuerce en rasgar sus velos. Nunca, nunca por mucho que las ciencias progresen, por grandes que sean las brechas que abra la filosofía en el muro que nos separa del más allá, podrán saber los humanos por qué hay un dios terrible al que irritamos por volcar un salero, o al hacer dar vueltas a una silla sobre una pata, o al romper un espejo; nunca sabremos por qué nos ofrece una alegría si vertemos el vino ni por qué castiga con la muerte al tercero que encienda con una misma cerilla su tabaco. Es horrendo, pero es así, y no puede negarse que muchos sabios que palidecen al ver un tuerto, y que por nada del mundo saldrían a la calle con el pie izquierdo, se verían en un grave apuro si tuviesen que explicar científicamente su conducta.

—¡Pobre amigo mío! —exclamó Arnal después de un impresionante silencio.

Y tendió sus dos manos a Tomás, como para despedirse de él definitivamente.

—¿No existe ningún conjuro contra ese maleficio? —indagó, alarmada, la señora.

—Temo mucho que no —gimió Arnal—; yo no conozco ninguno.

—Es bueno tocar madera —insinuó el futuro suegro—. Quizá en este caso sea también recomendable.

Capulino frotó suavemente el respaldo de una silla; acarició después el metal de un llavero, por expresa recomendación de Juana. Y sonrió. Verdaderamente, no parecía muy conturbado. Al salir, tarareó un cuplé. Arnal, que le contemplaba con inquietud, le acompañó hasta casa, le abrazó fuertemente y le dijo:

—Tomás…, ya sabes, si algo ocurre, dónde estoy yo.

Dos días después, Capulino guardó cama, y murió de pulmonía doble.

Teófilo le cuidó, le lloró y se vistió de negro para llevarle al camposanto. Su dolor fue profundo. Un mes más tarde, este dolor se había dulcificado un

poco. Puede asegurarse, desde luego, que, pasados dos meses, cierta noche en que Arnal se acostó rendido por haber acompañado a su futura en las visitas a todas las tiendas de la ciudad, nuestro hombre no se acordó para nada del difunto.

Leyó un periódico, apagó la luz y se estiró voluptuosamente en el lecho. Rectificó varias veces su postura; optó, en definitiva, por abrazar la almohada, y se dispuso a dormir con una sonrisa de felicidad en los labios.

Desde la linde del sueño le pareció oír un ligero ruido en su alcoba. Escuchó. Indudablemente, alguien movía una silla de un lado a otro. Sintió caer al suelo un pantalón y el sonido de las llaves al batir, al través del bolsillo, en la madera. Incorporóse bruscamente y encendió la luz. Nadie había en la estancia.

—Seguramente he colocado mal la ropa —comentó.

Y tras acomodarla mejor, zambullóse otra vez entre las sábanas y llamó nuevamente al sueño.

Pero entonces oyó un leve carraspeo cerca de él, y tras un silencio advirtió que se abrían, chirriando, las puertas del armario.

—¿Quién anda ahí? —murmuró con la voz enronquecida y un escalofrío de miedo en todo él—. ¿Quién anda ahí?

Y otra voz, cauta y sigilosa, dio la respuesta.

—¡Soy yo!

—¿Quién?

—Yo…, Tomás Capulino.

Los cabellos de Teófilo se erizaron. Permaneció sin hablar, soliviado en el lecho, inmovilizado por el terror. La voz misteriosa agregó confidencialmente:

—Hace treinta o cuarenta días que ando detrás de ti… No sabía cómo avisarte sin que te alarmase demasiado… Pero esto no podía durar. En fin… ya está hecho.

Lentamente, ante los ojos espantados de Arnal, fue dibujándose en las sombras una vaga silueta fantástica.

La bondadosa cara de Capulino sonreía en ella apaciblemente a su amigo. Teófilo indagó, tembloroso:

—¿Qué quieres de mí?… ¿Deseas unas misas?

—Gracias, aun dispongo de algunas. Vengo a cumplir mi juramento, amigo mío.

—¿Qué juramento?

—El que recíprocamente nos hicimos ante la Catedral.

—No valía la pena de que te molestases, Tomás. Aquello no fue más que una locura.

—Tal creo —suspiró el fantasma—, pero ni tú ni yo podremos evitar sus efectos. Mientras vivas tendré que seguir tus pasos y apartarte del peligro con mis consejos y guiarte hacia la felicidad que es dado disfrutar sobre la Tierra.

—Tomás —aseguró Teófilo, inquieto por aquellas palabras—, puedo jurarte que no es mi intención tenerte siempre a mi lado. Si yo pudiese suponer… Quedas relevado del compromiso… Te lo digo de corazón. Puedes marcharte para siempre, Tomás. Buenas noches.

Pero el fantasma movió melancólicamente la cabeza y se sentó a los pies de la cama.

—Es inútil. Lo hecho, hecho está. Ahora… hablemos. Vengo a librarte de una desdicha.

Arnal destapó la cara, que había ocultado bajo el embozo. El espectro siguió:

—Vas a casarte, Teófilo, dentro de un mes. Hoy habéis ido a comprar el menaje de cocina. Lo sé. Sin embargo, es preciso que riñas para siempre con Juana.

—¿Con Juana? —casi gritó Teófilo sorprendido.

—Con Juana. Si te casases con ella jamás serías feliz.

—Esto no puede ser más que una pesadilla. ¿Quién mejor que mi propio corazón puede vaticinarme ese futuro? Si tú lees en él, sabes que adoro a mi prometida, que es mi otra mitad, que el Destino nos ha juntado prodigiosamente, y que si no la hubiese podido encontrar no amaría a ninguna otra mujer en el mundo. Nació para mí, como yo nací para ella, y no habrá fuerza que nos separe.

El espectro contestó sosegadamente:

—Nada de eso es verdad, sino sugestión de tus sentidos. Es ridículo que imagines que cada ser tiene su pareja de antemano elegida, como en un rigodón de la Corte. Y en cuanto al destino que la acercó a ti no fue más que un viaje en ferrocarril. Recuerda que no iba ninguna mujer joven más que ella en tu departamento. Charlasteis. El viaje era largo. Entre su padre, su madre, un militar y tres comisionistas, Juana tenía un relieve encantador. Cambiasteis las novelas que ibais leyendo; las comentasteis después. Tú, en los viajes, tienes cierta tendencia sentimental. Hablasteis de amor. Ella te miraba largamente. Pensaste con vanidad: «La he conquistado». Y te dejaste conquistar. Si en vez de Juana fuese otra mujer joven y bonita, coqueta y locuaz en tu departamento, tú me dirías ahora que era ella la que el Destino

había creado para ti, y ni aun sabrías acaso que Juana existiese. Todo fue obra del Azar.

—Aunque así sea, Juana es hermosa, es inteligente, me ama…

—No es fea, pero es artrítica. Engordará, tendrá manchas en la piel. Sus hijos serán débiles. Esto te acarreará muchos disgustos. No es inteligente. Sabe apenas cuál es la última moda y que no debe mojar el «plum-cake» en el té. En su amor entra, en un cincuenta por ciento, la necesidad de casarse. Dile mañana que no te puedes casar, y su pasión se apagará súbitamente.

—Aunque fuera así… ¡la quiero!

—La quieres. Pero la patrona de la casa de huéspedes en que vives tiene cierta responsabilidad en ese amor. Hace quince años que vives solo. Te aburre tu soltería; experimentas la necesidad de crearte un hogar, de «tener tu casa»; sucumbes, sin saberlo, a un instinto; la especie tiene ordenaciones a las que es casi imposible resistir. A ti, la especie te manda enamorarte y matrimoniar.

—¿Y por qué no hacerlo?

—Hazlo; yo te lo aconsejo también. Pero no con Juana. Hay una mujer asimismo joven, aun más guapa, que te adora ciegamente desde hace tiempo…

—¿Quién es?

—Petrilla.

—¡Petrilla! ¿La hija de…?

—La hija de tu patrona. Es buena, es sana de alma y cuerpo, tiene un caudal inagotable de ternura en su corazón. Ella te hará feliz. Lo sé y te lo digo.

Hubo un silencio. La voz de Arnal sonó, al fin, encolerizada.

—Tomás, ¿sabes lo que te respondo? Que tu conducta es indigna de un espectro. Así: ¡indigna! Que te debía dar vergüenza venir a asustar a un antiguo amigo, al que fue el mejor de tus camaradas, para instarle a deshacer una boda con una muchacha distinguida y tratar de casarlo casi con una criada. Esto es lo que te respondo, Tomás. ¿Qué diría de mi la gente? No vuelvas a hablarme de semejante asunto. Me casaré con Juana, con Juana y con Juana. ¿Lo oyes? ¿Qué es lo que tienes que decir de Juana? ¿Que padece artritismo? Pues… ¡viva el artritismo!

—Yo te he aconsejado, Arnal…

—¡Lárgate!

—Después no quiero oír tus quejas…

—¡Lárgate, he dicho!

Y Arnal lanzó violentamente la almohada contra el espectro. La almohada fue a caer lejos; el espectro se desvaneció. Teófilo envolvióse en las sábanas, refunfuñando, y toda la casa quedó inmovilizada en la sombra y en el sueño.



III

El conde de Casa-Pérezgómez, después de la presentación, le tendió sus fláccidos dedos.

—Entonces, ¿es usted pariente de la señora de Arnal, que falleció hace dos meses?

—Soy su único sobrino.

—Excelente señora. La he tratado mucho. Gran espíritu, gran distinción…, preciosas fincas. Tenía un monte de caza en Soria.

—Se lo legó a un hospicio.

—¡Hermoso rasgo! Hace falta sostener los hospicios. Los hospicios son necesarios para acabar con la chusma. Todos los niños que ingresan en ellos mueren cristiana y decentemente. Mi familia protege también un hospicio en la provincia de Madrid. Es un hospicio singular. Hay en él un chiquillo que cuenta ya tres años. Caso único. Nadie se explica cómo vive. Han venido médicos de Alemania y de Francia a verle, y han escrito sensacionales memorias. Chupó un puro inmenso y aventuró con solicitud:

—Confío en que, a pesar de sus tendencias filantrópicas, su tía de usted no le habrá desheredado.

—No…, algo quedó… Unos cien mil duros…

—¡Pchs! Poca cosa para estos tiempos, ¿verdad? Al cinco por ciento, apenas hay para mal vivir. Pero naturalmente, usted negociará…

Teófilo Arnal hundió la cabeza entre los hombros.

—Debo confesar que entiendo tan poco de finanzas…

—Sí; antes era la moda. Nuestros padres y nuestros abuelos creían que la holganza era un elemento de distinción. Arrendaban sus tierras por cuatro cuartos y se dejaban robar por los administradores. La vida no tenía las exigencias de hoy. Hoy, un hombre como nosotros no debe rehusar su intervención en la industria, en el comercio… La gran guerra nos ha enseñado mucho.

Teófilo Arnal se sintió dulcemente acariciado por aquella frase «un hombre como nosotros», con la que el conde le concedía paridad. Quiso

probar que a él también le había enseñado mucho la gran guerra.

—Es verdad, es verdad —asintió—; pienso como usted. Y aún tengo mis propósitos acerca de esto… Precisamente hace unos días me visitó Rendueles… ¿Conoce usted a Rendueles?

Casa-Pérezgómez presentó evidentes síntomas de no haber oído nunca nombrar a Rendueles.

—Es un admirable hombre de negocios —siguió Arnal un poco cohibido—, un trabajador incansable que sacó de la nada una fortuna. Posee un gran almacén de comestibles y desea instalar dos sucursales. Le hace falta metálico. Vino a proponerme que me asociase con él.

Casa-Pérezgómez hizo un mohín.

—Es un genio —alabó Teófilo, dispuesto a engrandecer la figura de su futuro socio—; piensa comprar un barco para el transporte del bacalao.

—¿Del bacalao? —inquirió el conde, pronunciando con notorio disgusto la palabra.

—Sí, —aseguró Arnal, poniéndose encarnado—; pero no de un bacalao cualquiera, sino de un bacalao de Escocia verdaderamente fino.

—¡Del bacalao! —repitió el conde, abriendo con condolida lentitud sus brazos—. Pero, amigo mío, un hombre como usted no puede comerciar en bacalao. ¡Bacalao, ba-ca-lao!… Pero… ¿qué es eso?

—En verdad —se apresuró a rectificar Teófilo—, a mí nunca me ha gustado el bacalao; creo que es repugnante… Y se lo he dicho así a Rendueles… Claro que yo no me he comprometido en ese negocio…

—E hizo usted bien. Para una persona distinguida no hay más que un comercio: el de automóviles. Durante la guerra, algunos aristócratas traficaron en mulas y en arroz, y aun en lentejas; pero esto tenía la disculpa de las circunstancias. Hoy nos dedicamos casi exclusivamente a vender automóviles. Diez duques, quince marqueses, treinta condes y cincuenta barones somos representantes de distintas marcas de «autos». En la vieja Europa, dos o tres reyes se dedican también a este negocio. Otros muchos personajes compran y venden coches por su cuenta, y viven muy bien. Es un asunto presentable, muy «comme-il-faut».

—Pero todo está ya acaparado —suspiró Teófilo.

—Todo, sí. Sin embargo…, quizá pueda ofrecerle a usted… Bueno, esto en reserva… Le advierto que ningún extraño lo sabe… Usted es un caballero, y… la amistad que me ligaba con su tía… En fin, unos cuantos amigos vamos a crear una fábrica de automóviles. Imagine usted que Juanito Quintana, el hijo de Quintana, que fue ministro de Fomento, ha inventado un motor. Fué

una sorpresa, porque a Juanito Quintana no se le conocía más que como un admirable bailador de «shimmy». Pues ahí está el motor. Con la influencia de su padre, la fábrica va a convertirse en un formidable negocio. Somos tres los socios capitalistas, hasta ahora. Haciendo yo la propuesta, espero que no pongan obstáculos en admitirle a usted. No me dé las gracias… Me ha gustado siempre encauzar a los jóvenes en quienes veo afán de trabajo. ¿Qué puede usted invertir en este asunto?

Arnal vaciló:

—Si le parece a usted… cien mil pesetas.

—No es gran cosa… En fin…, piénselo. A usted es a quien le conviene más.

Dos días después, Casa-Pérezgómez convenció a Teófilo de que debía comprar sesenta mil duros de acciones, con lo cual sería nombrado Presidente del Consejo de Administración. Una semana más tarde, el Consejo acordó llamar al nuevo coche en proyecto «Arnal». Habría un «Arnal de 20 HP», un «Arnal 40 HP» y el camión «Arnal», ingente y poderoso, capaz de transportar la catedral de Santiago.

Teófilo, conmovido, ofreció invertir sus cien mil duros en el negocio.

Eran las once y media de la noche cuando Arnal llegó a su casa. Hacía frío y el viento silbaba lúgubremente. Apoyada en el quicio, Teófilo advirtió una sombra blanca.

—Buenas noches, amigo mío —dijo la sombra blanca.

—Buenas noches —respondió Arnal, que iba de buen talante—; apostaría cualquier cosa a que eres Tomás.

—Y no perderías —aseguró el espectro, entreabriendo un poco la sábana en que se embozaba—. ¿Cómo va esa salud?

—No mal del todo.

—¿Y tu mujer?

—Insoportable.

—¿Y tus hijos?

—Depauperados.

—¡Sea todo por Dios! No puede decirse que parezcas muy feliz, Teófilo.

—No. A veces siento la necesidad de encararme con el Destino, mostrarle mi vida y gritarle: «A ver, ¿qué sitio tengo para respirar?», como gritó aquel transeúnte cuando un camión le aplastó el pecho contra un muro.

—En fin, Arnal, he venido a hablarte.

—Subamos a mi casa.

—No puedo. Tengo que hacer dentro de unos minutos. Estoy sustituyendo a un compañero mío que se presenta todas las noches, a las doce en punto, en una casa del arrabal. Esta sábana es suya.

—¿Qué haces con ella?

—Me paseo por las alcobas y por los corredores. Además, aúllo, toco los timbres, apago las luces que están encendidas y enciendo las que están apagadas. No es nada difícil, pero se aburre uno mucho. El espectro que está entregado a esta labor desde hace año y medio, ya no puede más. Me ha pedido que le reemplazase unos días, y… ya ves, por compañerismo…

—Pero ¿qué se propone?

—Espantar a los inquilinos. Parece que ha vivido algunos años en esa casa, y fue víctima de la codicia del propietario. Ahora quiere desacreditar el inmueble para que no se alquile jamás. Han huido ya todos las vecinos, pero queda uno.

—Será un hombre de corazón.

—Es un sereno de comercio. Pasa las noches fuera de casa, y, naturalmente, no se entera…

—¿Y qué haréis?

—No sé. Te aseguro que esto es bastante tedioso. El gato se ha familiarizado con la aparición, y viene detrás de mí por toda la casa desierta. Se frota contra mis canillas; cuando aúllo, maya… No, no se divierte uno… Pero el tiempo vuela, Teófilo, y he de decirte algo importante.

—Te escucho, Tomás.

—Sé que has ofrecido tu dinero, todo tu dinero, al conde de Casa-Pérezgómez y a sus amigos.

—Sí.

—Para crear una fábrica de automóviles que no funcionará nunca… Esos señores te van a explotar…

—Esos señores, Tomás, son unos caballeros dignísimos y conocidísimos, que arriesgan también su capital.

—No hay más capital que el tuyo y lo perderás.

—El motor de Juanito Quintana es una garantía.

—Juanito Quintana es un danzante; su padre, un bribón, y su motor, un lío. Escúchame. Yo vengo a decirte: todavía es tiempo; puedes desligarte de ese mal negocio. No has entregado aún ni un céntimo; no lo des. Rompe toda relación con esa gente que el Azar ha puesto en tu camino.

—Pero yo quiero ser negociante, quiero ganar… Tengo tres hijos, Tomás, y ninguno de ellos promete ser bastante listo —gracias a la herencia materna — para conquistar por sí solo una posición desahogada. Cien mil duros no constituyen un gran capital, si se les reparte entre una familia como la mía…

—Tienes razón. Pero Casa-Pérezgómez te arruinará en colaboración con Quintana. Entrega tus cien mil duros a Rendueles. El negocio del bacalao es seguro. Multiplicarás tu fortuna.

Teófilo se puso a pasear por la acera.

—¡Tomás, es que… a veces me desesperas, vamos! ¿Cómo puedes creer que yo voy a dedicarme ahora a vender bacalao? Comprende: tengo mi palabra empeñada con esos señores; son gente correcta…

—Pero sin experiencia.

—Tienen abiertas todas las casas distinguidas; se portan conmigo… como no puedes imaginar. Yo quisiera que asistieses a alguna sesión del Consejo. Figúrate que han dado mi nombre al modelo que preparamos. Se llamará «Arnal». Habrá un «Arnal», como hay un «Rolls-Royce» o un Ford… Oye, Tomás: Quintana me ha asegurado confidencialmente que su padre me hará diputado en cuanto yo le insinúe el deseo. ¡Comprende, Tomás, que no es posible que te atienda! Porque Rendueles, Rendueles… Dime tú, ¿quién es Rendueles? Y, en definitiva, no sólo de pan vive el hombre. Prefiero ganar cinco con los automóviles de Casa-Pérezgómez que cincuenta con el bacalao de tu protegido.

—Es que así te arruinarás.

—¡Me arruinaré, me arruinaré!… ¡Pero tú eres idiota, Capulino! ¿Por qué me voy a arruinar? Yo no sé cómo te escucho con tanta calma… Vamos a ver: ¿qué entiendes tú de automóviles? ¡Hombre, esto es demasiado! Tengo una posición, se me han abierto ciertos círculos, presido un Consejo administrativo, no tardaré en crearme una reputación financiera que puede servirme hasta para mi carrera política, y vienes tú, envuelto en una sábana, a decirme que rompa con todo y que ponga una tienda… ¡Capulino, por Dios, el éter de los espacios infinitos te embriaga!

El espectro saltó al oír esta injuria.

—¡Teófilo! —gritó.

—¿Qué pasa?

El fantasma y el hombre se miraron de cerca con un furor contenido. Entonces sonó la primera campanada de las doce en el reloj de una iglesia. La sombra se envolvió apresuradamente en el blanco lienzo.

—¡Caramba —gruñó—, me he descuidado!

Y desapareció velocísima.

Un día, el Consejo de Administración de la Casa Arnal reunióse en sesión solemne.

—Tengo el honor de comunicar a mis dignos compañeros —dijo el conde de Casa-Pérezgómez— que el primer carruaje ha salido ya de nuestros magníficos talleres. Gracias al esfuerzo de todos, y muy singularmente al talento del joven e ilustre ingeniero señor Quintana, España cuenta con una industria que pronto competirá con las mejores del extranjero. El próximo domingo se realizarán las pruebas oficiales. El insigne hombre público señor Quintana, padre, ha ofrecido honrarnos con su presencia. Creo que debe dársele un voto de gracias.

El señor Quintana, padre, que desde hacía un año cobraba sabrosas dietas de consejero, sin que nunca hubiese aconsejado nada, hizo un ademán para rechazar generosamente el voto. Pero todos gritaron: «Sí, sí», y se inclinó resignado.

Y el domingo, después de un largo viaje, Teófilo Arnal pudo contemplar, en el apartado pueblecillo donde había sido instalada la fábrica, en cuyo frontis se destacaba en grandes letras su nombre, que era ya el nombre de un artilugio cuya reputación esperaba con impaciencia.

La fábrica funcionaba en un gran edificio donde, en tiempos remotos, se había producido cristal. Unos cuantos individuos de aspecto melancólico, con facha de herreros de aldehuela, fueron presentados por Juanito Quintana como el personal obrero. El más anciano levantó la visera de la gorra, gritó: «¡Viva el señor presidente!», y rompió a toser, como si aquel esfuerzo hubiese agotado sus últimas energías vitales. Arnal saludó, un poco conmovido. El señor Quintana, padre, obligado por su condición de exministro de Fomento, dedicó a los obreros un largo discurso encaminado a probar que el trabajador manual era tan importante en la sociedad que bien podía ser considerado como un elemento indispensable. Fustigó duramente a los que pudieran sostener lo contrario, los asaeteó con sarcasmo, los anonadó con su desprecio, los descuartizó con tajantes palabras y esparció sus pedazos a los cuatro vientos. Pidió agua, la bebió, y dijo, ya más sosegado, que él hacía su estandarte político de la honrada blusa azul.

Almorzaron los visitantes en una semirruinosa nave de la fábrica. Fué una alegre comida de hombres optimistas. El redactor de un diario afecto a Quintana, que les había acompañado, engulló tal cantidad de manjares, que se

hinchó hasta desaparecerle el ombligo. Esto le atribuló tanto, que sólo consiguió ahogar su pena con la quinta botella de Rioja. Entonces suspiró, guardó una cuchara y comenzó a roncar.

El automóvil esperaba en la carretera para conducir a los personajes. Pero antes fue preciso escuchar y aplaudir una interminable perorata del exministro, que cantó una loa al progreso industrial, y encarándose decididamente con unos seres invisibles, que él suponía adversarios de ese progreso, los trituró, los deshizo con su poderosa elocuencia, se burló de ellos, los apedreó con citas, los convirtió en guiñapos lamentables. Y terminó diciendo que su lema, en política, podía condensarse en esta sencilla y mágica palabra: «Progreso».

Con lo cual marcharon todos hacia el carruaje. El carruaje era un tipo «torpedo» pintado de gris. Acomodáronse en él ambos Quintana, Casa-Pérezgómez, Arnal y el periodista congestionado. Se dio marcha al coche, operación en la que se invirtieron veinte minutos. Cuando el mecánico desfallecía el motor bramó. Más bien mugió como una vaca. Como nadie confiaba en que se decidiese tan pronto a dar señales de utilidad, fue general el sobresalto, y el señor exministro empujó desesperadamente la portezuela con todas las señales de querer huir.

El «auto» arrancó. Oyóse un viva. Los excursionistas agitaron sus sombreros. Arnal advirtió que una suave delicia de bienestar físico y de vanidad satisfecha le invadía.

No habían recorrido medio kilómetro cuando el chófer disminuyó, presuroso, la marcha y arrimó el coche a un paredón, sobre el que quedó tumbado. Se había desprendido una rueda. Todos miraron. Se la veía aún correr velozmente carretera arriba levantando una estela en el polvo.

—Hemos podido matarnos —gruñó alguien.

Hubo un momento de estupor silencioso. Arnal insinuó la conveniencia de regresar a pie hasta la fábrica. Pero Juanito se opuso. Era cosa fácil montar otra rueda. Mientras eso se hacía, el ilustre exministro declaró con ceño pensativo que si todos los automóviles pudiesen soltar, como aquél, una rueda que marchase delante, como un heraldo, el número de choques y atropellos quedaría, sin duda, considerablemente disminuido.

Sustituida la rueda tornaron a acomodarse en el «auto», que tornó a mugir. Y esta vez todos los esfuerzos que hizo el joven Quintana para obligarle a avanzar fueron inútiles. Pero, en cambio, de una manera inesperada, el artefacto diose a correr hacia atrás, cuesta abajo, con más velocidad de la que

quisieran los ocupantes, cuyo sueño dorado en aquellos momentos consistía en la modestísima aspiración de arrojarse a la cuneta.

Pasaron, siempre caminando hacia atrás, ante la fábrica que habían abandonado minutos antes. Aun estaba allí el grupo de obreros, que, a una señal del capataz, pusiéronse en pie y dieron otro viva, esta vez más entusiasta, con todo el calor de la admiración sincera que produce una hazaña imprevista. Y siguió el coche carretera abajo.

—¡Para! —exigía Quintana, padre.

—¡Imposible!… ¡Perdidos!… —se oía balbucir a Quintana, hijo, aferrado al volante y vuelta hacia atrás la cabeza para guiar el coche.

Por fortuna, la carretera carecía en aquel paraje de recodos. Esto evitó que la catástrofe se precipitase, pero no se pudo impedir un accidente trágico. En cierto lugar del camino, un hombre, sentado en un pretil, leía el periódico. Cualquier observador de espíritu sereno comprendería en seguida que se trataba de un ciudadano que había aprovechado la tarde del domingo para dar un paseo higiénico por el campo. El ciudadano tenía un sombrero hongo y un bastón. Cuando vio aparecer el automóvil corriendo hacia atrás, bajó un poco el periódico que sostenía entre sus manos y miró con aire asombrado. Luego, la conducta del coche debió de parecerle ridícula, porque se echó a reír, haciendo reposar la hoja impresa sobre sus rodillas. Pero, poco a poco, su gesto se tornó preocupado. Pensó que el «auto», que trazaba grandes eses en la carretera por la dificultad que ofrecía su dirección, podía chocar contra él y aplastarlo contra el pretil. Entonces abandonó el periódico, saltó al suelo, dio unos pasitos cortos, después otros apresurados y, al fin, se caló el sombrero y se decidió a correr.

Desde el coche, Arnal le veía volver frecuentemente la cabeza. La distancia entre el «auto» y el hombre iba menguando y en proporción inversa crecía el terror del paseante. Cuando sólo le separaban doscientos metros del vehículo arrojó el bastón. Algo más allá voló el sombrero de su cabeza. Corría el pobre diablo como jamás corrió hombre alguno, y durante algún tiempo pareció que el triunfo era de él y que lograría aventajar al carruaje. Pero no pudo sostener su marcha. Pronto estuvo a cien metros nada más…, a ochenta… Volvió el rostro, en el que se leía la seguridad de que era sañudamente perseguido, y gritó sin dejar de correr.

—¡Me rindo!… ¡Me rindo!…

Sesenta metros…, cuarenta… Aun hizo un esfuerzo. Vociferó, desencajado:

—¡Piedad!… ¡Soy un padre de familia!…

Veinte metros…, quince… El infeliz conservó esta distancia el tiempo justo para rogar:

—¡Atropéllenme una pierna nada más!… ¡Ustedes se divertirán lo mismo y yo acaso viva!…

Cinco metros…, dos… Arnal dio un grito… Miró hacia atrás… Una nube de polvo…

Medio kilómetro más lejos, el «auto» penetró en un pueblecillo y barrió todas las mesas que el dueño de un cafetín había colocado en una acera. Como si con esta hazaña hubiese considerado que su misión en el mundo estaba conclusa, el «Arnal 20 HP» se incendió y convirtióse bien pronto en un montón de hierros. La gente acudió en bandadas. El ilustre exministro aprovechó la ocasión para improvisar un inagotable discurso, en el que afirmó que las grandes virtudes de la raza se habían refugiado en los pequeños pueblos de las estepas de Castilla. Tuvo un acceso de risa histérica al pensar que alguien pudiese negar estas grandes virtudes, y retó furiosamente a ese alguien a que fuese a aquel lugar y se atreviese a sostener su vesánico yerro en presencia de aquellos vecinos, que a él le recordaban al Cid, a San Juan de la Cruz, a Pedro Crespo y a Maldonado.

Retiráronse a un cuartucho del cafetín para confortarse. Arnal, cabizbajo y ceñudo se reconcentraba en la contemplación de la catástrofe de sus ensueños y de la ruina consumada. Juanito no osaba disculparse, y el conde de Casa-Pérezgómez, perdida su mirada en el ahumado techo, acariciaba nerviosamente su barbita a la francesa. Turbó este abatido silencio la entrada del periodista secuaz de Quintana. Detúvose casi en el umbral, haciendo girar el sombrero entre sus manos, y dijo con voz lenta y humilde:

—Adiós, para no vernos nunca más, amigos. Esta media hora de viaje me ha hecho otro hombre. Cada segundo me demostró que, en verdad, no somos nada, y que la vida es un innegable milagro. Hemos matado a un hombre, hemos derruido y casi incendiado un cafetín, hemos andado hacia atrás nueve kilómetros. Disparamos, como una bala de cañón, una pesada rueda, que sabe Dios si habrá parado ya o estará causando aún terribles estragos… No sé con certeza si estoy vivo, pero comprendo que la existencia es un don quebradizo y difícil. Adiós. Ya tengo bastante. Nunca olvidaré estos horrorosos minutos. Amigos míos, he decidido ingresar en un convento.

Besó mansamente las manos de todos y se fue.



IV

Teófilo Arnal se advirtió desesperadamente triste. Le pareció de repente que había sondado la vida hasta su última profundidad, sin encontrar en ella nada que valiese la pena de existir. Sus meditaciones eran cada vez más acongojantes, más fúnebres. Y la característica más horrible de su nuevo estado de ánimo era que descubría en todo un sentido trivial cierta falta de razón de ser, una inconexión desconsoladora entre la apariencia y la verdad, entre las ideas acumuladas por los hombres sobre los hechos y las cosas y estos mismos hechos y cosas.

Teófilo Arnal estuvo dos días en cama, sin querer ver a nadie. Pero al tercer día consideró que nada podía haber más ridículo que aquella inactividad y aquel estarse panza arriba, enfundado en una camisa de dormir color crema con unas rayitas rojas. Le decidió a levantarse el recordar que las patas de la cama imitaban, junto al suelo, las garras de un león. Y esto le pareció terriblemente insoportable. ¿Qué grotesco capricho podía haber aconsejado que las patas de una cama recordasen las garras de un león? ¡Señor! ¿Hay un mueble más pacífico, de menos bravura, que una cama? Comenzó a sentirse incómodo ante tal incongruencia y huyó de la alcoba. Poco después estaba ante un espejo, con la cara llena de hinchada espuma de jabón, dispuesto a afeitarse.

Pero se detuvo con la navaja en alto.

—Hace veinticinco años —se dijo— que brotan unos pelitos en mi rostro. Hace veinticinco años que, día tras día, los cerceno, y día tras día vuelven a salir, lenta, solapada y persistentemente. Nunca hasta ahora me había fijado en que esto es una verdadera lucha, una verdadera batalla que yo sostengo contra mí. Una batalla absurda y risible y fatigosa. Los pelitos ponen un tesón cómico en salir, en salir todos los días, en salir siempre. Cifran, acaso, su orgullo, su ambición, en aparecer en mis mejillas, delgaditos, duros y negros… Es un afán molesto, pequeñito y estúpido, propio de un pelo. Al fin, ¿qué es un pelo? Pero lo horrible es que yo participo de ese afán, aunque contrariamente; yo he aceptado la lucha, he recogido el guante y he

consagrado algunos minutos, que, sumados, son tal vez meses de mi vida, a pelear contra ellos, imbécilmente satisfecho de cada momentánea victoria. Hoy siento el cansancio de esta empresa. Prefiero hacer una casa o sembrar un maizal… ¡Me vencisteis!

Abrió el balcón y arrojó la navaja. El sol, hiriendo bruscamente sus ojos, le deslumbró.

—He ahí un astro estúpido —pensó—, que no se cansa de aparecer y desaparecer todos los días, como no me cansaba yo de afeitarme. Me revienta su formalidad, el rigor con que cumple sus deberes de salir a tal hora y ponerse a tal hora, y de enverdecer las plantas todos los años con el mismo verde, como un pintor de inspiración agotada. ¡Y los hombres gastando literatura en cantar al sol! ¡Al sol, el padre de las moscas! La verdad es que en los espacios siderales no hay un sistema ni un astro que merezca estimación. Todos tienen espíritu de oficinistas, puntualidad de empleados de Banca, seriedad comercial. El universo es la máxima expresión del hastío; es el hastío mismo, señor de la vida.

Un criado interrumpió sus reflexiones anunciando que el almuerzo estaba servido. Teófilo se trasladó al comedor. Engulló la sopa distraídamente. Cuando vio aparecer una fuente de langosta extendió una mano trémula.

—No quiero probarla —murmuró, apenado—; en esa carne blanca y sabrosa veo la tragedia más espeluznante. Es seguro que nuestra cocinera hizo cocer vivo al pobre animal.

—Naturalmente —aseguró con dignidad la esposa.

—¿Y no comprendéis el martirio del desdichado ser? Acaso al principio le agradase la tibieza del agua y movería sus antenas con regocijo. Pero el calor iría aumentando. Lentamente, muy lentamente, en el más espantoso de los martirios, la langosta se sentiría cocer en la oscuridad de una olla cerrada donde apenas podría revolverse. Concluiría por no poder apoyarse en el fondo de la marmita, terriblemente calentado. Y así hasta morir…, sin esperanza… ¿Creéis que no tuvo sensibilidad este animalito, sacrificado con crueldad a nuestra gula?… No, yo no puedo comerlo…

Enmudecieron todos. Cuando apareció en la mesa un cochinillo asado, Teófilo palideció; alzóse, abrazó con fuerza al menor de sus hijos y abandonó, con los ojos humedecidos, la estancia donde el lechón, con una ramita de perejil en la boca, que parecía sonreír extrañamente, acusaba de impiedad a los hombres.

—¡Pobres padres! —suspiró Arnal, ya en el pasillo.

Salió a vagar por la ciudad y entró, mediada la tarde, en el Ateneo. Un joven daba lectura a varias poesías desde la tribuna, ante un público serio y triste, que a veces gruñía aprobatoriamente. Arnal escuchó, revolviéndose con impaciencia en su butaca. El poeta contaba cómo había padecido un amor desgraciado. Según sus versos, conociera a la ingrata en la Bombilla. Él no había tardado en decirle: «Te amo», y ella había bajado los ojos con languidez. La luna sonrió. Algún tiempo después, la muchacha no podía ocultar sus gustos suntuosos, su amor a las joyas, a los «autos» y a los vestidos de Paquin. Era inútil que el poeta le ofreciese la miel de su lirismo. Una noche la esperó en vano…

El joven leía, con las cejas en lo sumo de la frente y un vago ademán melancólico:

La infiel, Señor, me ha abandonado,
Soy como un muerto que ha quedado
con el puñal de la traición
clavado
en la mitad del corazón.

—¡Alto! —gritó Teófilo poniéndose en pié, incapaz de contenerse—. ¡Alto! ¡Eso no puede ser!

Todas las miradas convergieron en él. Y él tiró con fuerza de las solapas de su chaqueta.

—¿Qué ocurre? —balbució el escritor.

—Ocurre que en nada de esto hay sentido común. Si usted estuviese muy triste por la fuga de su novia, usted no haría esos versos, porque la obsesión y la angustia del abandono no le permitirían buscar los consonantes. Es incompatible pensar en que su amada se refocila con otro caballero y reunir a la vez con meticuloso tino palabras que terminen en «ado», en «ante», en «on», etcétera, etcétera. ¿Qué haría usted si su dolor fuese sincero? Indudablemente, expresarse con naturalidad. Entonces usted vendría aquí y nos diría, poco más o menos, pero en prosa corriente: «Señores, ¡hay que ver cómo son las mujeres! He conocido en la Bombilla una muchacha de estas y estas señas, de quien me he enamorado y que me ha salido un pendón. Anteayer se me escapó de casa, y ahí está liada con Fulano, que le paga un abono de coche».

Algunos de los oyentes de Teófilo gritaron:

—¡Fuera! ¡Fuera!

—No he terminado —prosiguió él—; me falta aún examinar las consecuencias que tendría ese acto indiscreto. Apenas hubiese usted referido

su poco interesante historia, la mayor parte de los señores que están presentes abandonaría el local, indignada, asegurando que le importaba un comino lo que le hubiese sucedido a usted con la tal jovenzuela. No faltaría quien se riese de usted, encontrando muy chusco su desahogo. Sin embargo, ahora simulan conmoverse o se conmueven de veras, lo que es peor, porque usted nos cuenta eso mismo intercalando con cierta medida palabras que terminan en «ado» o en «on». Esto es sencillamente absurdo…

Y le expulsaron del local.

Le pareció a Teófilo que le llamaban desde un macizo de flores, en el más apartado rincón del jardín. Se detuvo.

—¿Estás solo? —preguntó una voz misteriosamente.

—Sí —respondió él, reconociéndola.

Y de entre la espesura surgió, vaporosa, la silueta espectral de Capulino. El fantasma miró a todos lados con extremadísima cautela y se decidió a aproximarse.

—Te he citado aquí —susurró— porque me parece un sitio seguro.

—¿Seguro para quién?

—Para mí.

Arnal le contempló con extrañeza. El espectro siguió:

—Cada vez es más difícil para un fantasma andar por el mundo, Teófilo. En verdad, si no me retuviese aquí el juramento que te hice, no me detendría por mi gusto ni un nuevo instante sobre este planeta. Y más de un compañero piensa como yo. La gente ya no cree en nosotros, amigo mío.

—¿Por qué?

La aparición encogió melancólicamente sus hombros.

—No lo comprendo. Dicen que pasó nuestra época. Y es posible que sea verdad. En rigor, no existimos, puesto que se nos niega la realidad de existencia. Nadie cree que yo sea; luego yo no soy, por lo menos para el aprecio del mundo. Esto concluye por exasperar un poco. El guarda de la finca próxima a tu casa me ha disparado ya cinco escopetazos. Una noche le oí decir claramente: «¡Granuja, yo te enseñaré a respetar las ciruelas!». Suponía que era un galopín disfrazado para saquear el huerto. He renunciado a pasar por allí.

—Ningún daño podría hacerle la perdigonada.

—Siempre le sobresalta a uno —confesó de mal humor el espectro—. Sin embargo, prefiero veinte perdigonadas a que me vuelva a ocurrir lo de hace

unas noches… Hace unas noches estaba un poco aburrido. Curioseaba por la ciudad, sin disipar mi tedio. Al través de la ventana de un segundo piso vi un hombre que trabajaba inclinado sobre un largo tablero. Dibujaba unos planos. Era un individuo paliducho y chiquito. «¡Bah! —pensé—, voy a divertirme unos minutos con este sujeto». Y penetré en su estancia. Mi propósito era asustarlo un poco. Lo imaginé, desde luego, con los pelos de punta, los ojos desorbitados y las manos abiertas, mirándome cómo un idiota. Y casi me reía ya. Frente a él, al otro lado del tablero, me hice visible, con los brazos caídos y la cara más seria que pude poner. El hombre siguió trabajando. Yo esperaba. «Verás —me decía— el brinco que pegas cuando levantes el rostro». Y el hombre levantó el rostro al fin. Me vio. Se pasó una mano por los ojos. Volvió a mirarme. Hizo un pequeño gesto de contrariedad y tornó a su trabajo. Poco después me miró nuevamente. Entonces abandonó su tiralíneas y se sentó en un sofá. «Laurita», llamó. Una mujer apareció en la puerta. «Será preciso avisar mañana al practicante para que vuelva a darme las inyecciones. Tengo la cabeza débil. Padezco alucinaciones molestas… Temo a la anemia cerebral…». La mujer le acarició tristemente: «Trabajas demasiado». Cuando volvió a quedar solo insistí en aparecer. Sentía la amarga rabia del fracaso y me fastidiaba el desdén con que me creía una alucinación. Salté sobre el tablero. Di cuatro o seis brincos más, bastante aparatosos; abrí la boca, revolví los ojos y concluí por quedar en cuclillas sobre los planos, con los dedos extendidos hacia él. Te aseguro que con mucho menos habría bastante, en otros tiempos, para helar la sangre en el corazón de diez señores feudales. Pues mi hombre se echó a reír. «Es ridículo esto —dijo—; tendré que ir a descansar al campo una temporada». Me advertí humillado, y me marché.

La desesperación del espectro padecía tan honda y sincera, que Arnal se olvidó de sus propias cuitas.

—¡Pobre amigo! —comentó—. ¡Por culpa mía…!

—Pero no importa —procuró tranquilizarle Capulino—. Otros están peor. Los tres fantasmas madrileños, a quienes visito alguna vez, sufren mayor desgracia. Eran tres amigos que comenzaron a jugar al tute en la tarde de un sábado en una taberna de la ronda de Segovia. Sus mujeres acudieron a buscarles a las diez de la noche, y ellos juraron que no abandonarían sus puestos hasta que uno de los tres ganase los tantos necesarios para «levantar el platillo». Y nadie los ganó. Transcurrió el domingo, y el lunes, y el martes… Y se murieron casi a un mismo tiempo sobre la mesa, hinchados de aguardiente de anís. Aun sigue la partida, y ninguno pasa jamás de los cien

tantos. Juegan sobre su palabra. Su hastío es feroz. De cuando en cuando voy por allí de mirón…

—Es horrible, Tomás. ¡Jugar eternamente al tute!… ¡Qué mezquinas son las diversiones humanas!

—Teófilo.

—¿Qué?

—Evítame el oírte un discurso. No estamos aquí para disertar acerca del tute. Vengo a librarte de un nuevo peligro.

Arnal sonrió con melancolía.

—Gracias —rechazó suavemente—; no preciso de ti. Conozco bien la vida, amigo mío, y lo que de ella puede esperarse. Todo es dolor inevitable, y tristeza, y tedio. Un tedio peor que el que pueda encontrarse en el fondo de los sepulcros. Nada es bueno, ni bello, ni amable, sometido a esa reveladora luz de razón que se ha encendido en mí desde hace algún tiempo. He meditado mucho. Sé lo que debo hacer… Despidámonos.

—Óyeme antes. Nada de lo que dices es así. La vida es riente, el sol alegre, y en cualquier pequeño detalle del mismo paisaje que ahora nos rodea encontrarás motivos bastantes para amar la existencia. En esta flor, en este fruto, en aquel surtidor…

—¡Un surtidor! —gimió Teófilo—. ¿Pero conoces algo más aburrido e imbécil que un surtidor? ¿Qué es un surtidor? Un chorrito de agua que sale de un cañito. Sube y cae, y siempre así. Si hay en este mundo una imagen exacta de la vacuidad soporífera e inútil de la vida, es un surtidor.

—Un momento, Arnal. Tú comiste hace quince días con unos amigos.

—Sí.

—Quizá abusaste un poco de la carne con mostaza.

—Quizá.

—¿Cómo está tu estómago?

—No me importa mi estómago.

—¿Cómo está tu vientre?

—No me importa mi vientre. Ésta filosofía que hizo caer los velos mentirosos, es en mi cerebro donde nació.

—Teófilo, oye la verdad: tú padeces una septicemia. Aquella carne…

Teófilo se puso a silbar tenuemente. Subió a un banco, desenrrolló una cuerda de su cintura y la ató a la rama de un tilo.

—¡Padeces una septicemia, Arnal! —insistió el espectro—. ¡No hagas barbaridades!

Arnal fingía no oír.

—Espera unos días. Créeme. Laxantes, dieta… Dentro de una semana tu pesimismo desaparecerá.

Teófilo pasó el nudo corredizo alrededor de su cuello.

—Querido Tomás —dijo aún—, la vida es un asco. Te lo digo yo. No te esfuerces…

Avanzó hasta el extremo del banco y se preparó a saltar. Pero se contuvo un instante para añadir:

—Y muchas gracias por todo.

—¡Laxantes…, dieta…! —gritaba Capulino con acongojado apremio.

Pero Teófilo había saltado ya y se retorcía, pendiente de la cuerda. Sus contorsiones fueron atenuándose… Cesaron… Y una vaga forma blanca, desprendiéndose de él, se acercó a la vaga forma blanca de Capulino.

Y ambos espectros se hablaron.

—Teófilo —dijo uno de ellos con voz entristecida—, el juramento que aquella noche hicimos junto a la catedral fue inútil: mi solicitud de nada te ha servido. Te mostré el porvenir y volviste desdeñosamente el rostro. Quise apartarte de las contingencias ingratas de lo que tú llamabas Azar, y corriste hacia ellas. Lo imprevisto no existió para ti, y, no obstante, fuiste su víctima. En tu matrimonio vestiste de amor a un capricho. En tus negocios disfrazaste de inteligencia a una vanidad. En tu muerte estimaste sabiduría un trastorno orgánico. Ni aun los consejos sobrenaturales te han podido apartar de la desgracia. Quien te dijese que tu amor no era amor, que tu casamiento no podía ser venturoso, que eras lego en finanzas e ignorante en industrias, que tus ideas brotaban de un trozo de carne pútrida ingerida en un banquete, era para ti un loco, un embustero o un bribón envidioso. Como todos los demás hombres, padeciste, y todos los demás hombres, en tu caso, hubiesen, obrado como tú. Si el Azar rechazara las culpas que no les corresponden, su carga sería muy ligera. El verdadero enemigo de la felicidad humana está en el propio hombre, en la desproporción que existe entre lo que él cree de sí; de sus sentimientos, de sus voliciones, de sus ideas, y lo que realmente es con sus pobres ideas y sus pobres voliciones y sus pobres sentimientos. Si otra vez volvieses a vivir, otra vez serías desdichado, aunque una advertencia milagrosa zumbase incesante en tu oído.

—Así fue, en verdad —reconoció Teófilo.

Y las dos sombras, calladas ya, atravesaron lentamente el verdor como una polvareda sutil.

Y se perdieron…


FIN

EDICIONES CID

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS

COLECCION LITERARIA:

La gran borrachera.—Manuel Halcón. 30 pesetas.

Estampas y Sainetes.—Antonio Calderón y Eduardo Vázquez. 30 pesetas.

Lo que se habla por ahí.—Antonio Díaz Cañabate. 40 pesetas.

La hija de Jano.—José Antonio Giménez-Arnáu. 40 pesetas.

COLECCION RELIGIOSA "NOTICIA DE LO ETERNO":

La Misa del día entero.—Padre Federico Sopeña. Tela, 50 pesetas.

Seis lecciones sobre la castidad.—Padre Federico Sopeña. 20 pesetas.

COLECCION INFANTIL:

Pañolín Rompenubes. — Marcial Suárez. 35 pesetas.

La hermana de Antoñita la Fantástica.—Borita Casas. 30 pesetas.

COLECCION SERIALES RADIOFONICOS:

Se abren las nubes.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. Tela, 30 ptas.

La sangre es roja.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. 10 fascículos a 5 pesetas cada uno.

Sin derecho a vivir.—Armando M. Guiú y Joaquín Díaz. 5 fascículos a 5 pesetas cada uno.

Un arrabal junto al Cielo.—Guillermo Sautier Casaseca y Luisa Alberca. 10 fascículos a 5 pesetas cada uno.

Pedidos a: "Ediciones Cid". Desengaño, 9. Teléfono 31 05 12.—MADRID.


POLVOS
HIGIENICOS
CALBER
30 AÑOS DE
EXITO CRECIENTE
SON GARANTIA
DE SU EFICACIA
el nombre de Polvos
DE SEÑORAS Y NIÑOS
POLVOS HIGIÉNICOS
CALBER
(REGISTRADO)

PARA SUSCRIBIRSE A

"LA NOVELA DEL SABADO"

EN

Bilbao.
Burgos.
Cartagena.
Castellón de la Plana.
Ceuta.
Ciudad Real.
Córdoba.
Cuenca.
El Ferrol del Caudillo.
Elche.
Gerona.
Gijón.
Granada.
Huesca.
Jaén.
Jerez de la Frontera.
La Coruña.
La Línea.
Las Palmas.
León.
Lérida.
Logroño.
Málaga.
Melilla.

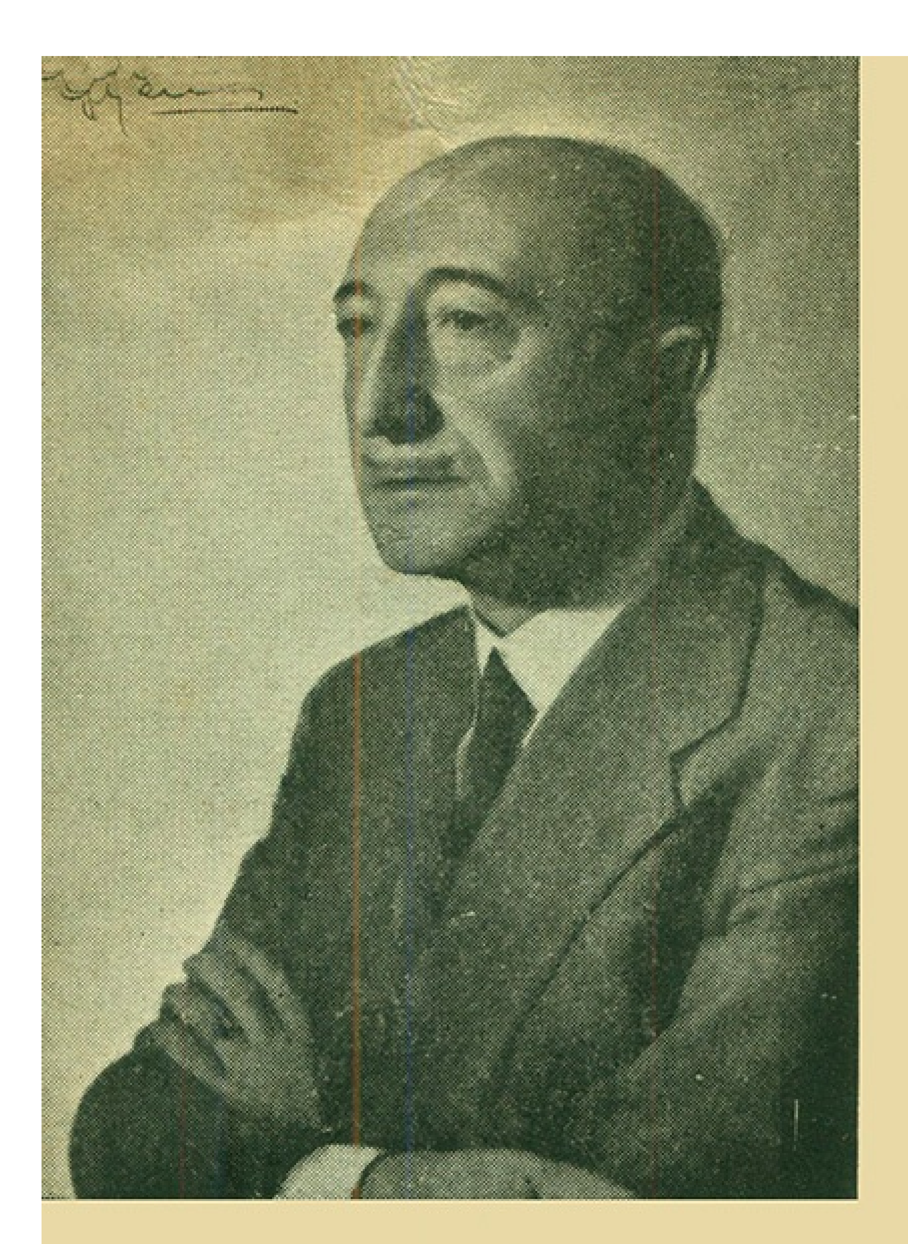
o en cualesquiera de las plazas en que tiene sucursal el

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

podrá usted hacerlo ingresando su importe con destino a la cuenta de la "Novela del Sábado" en la Central del

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

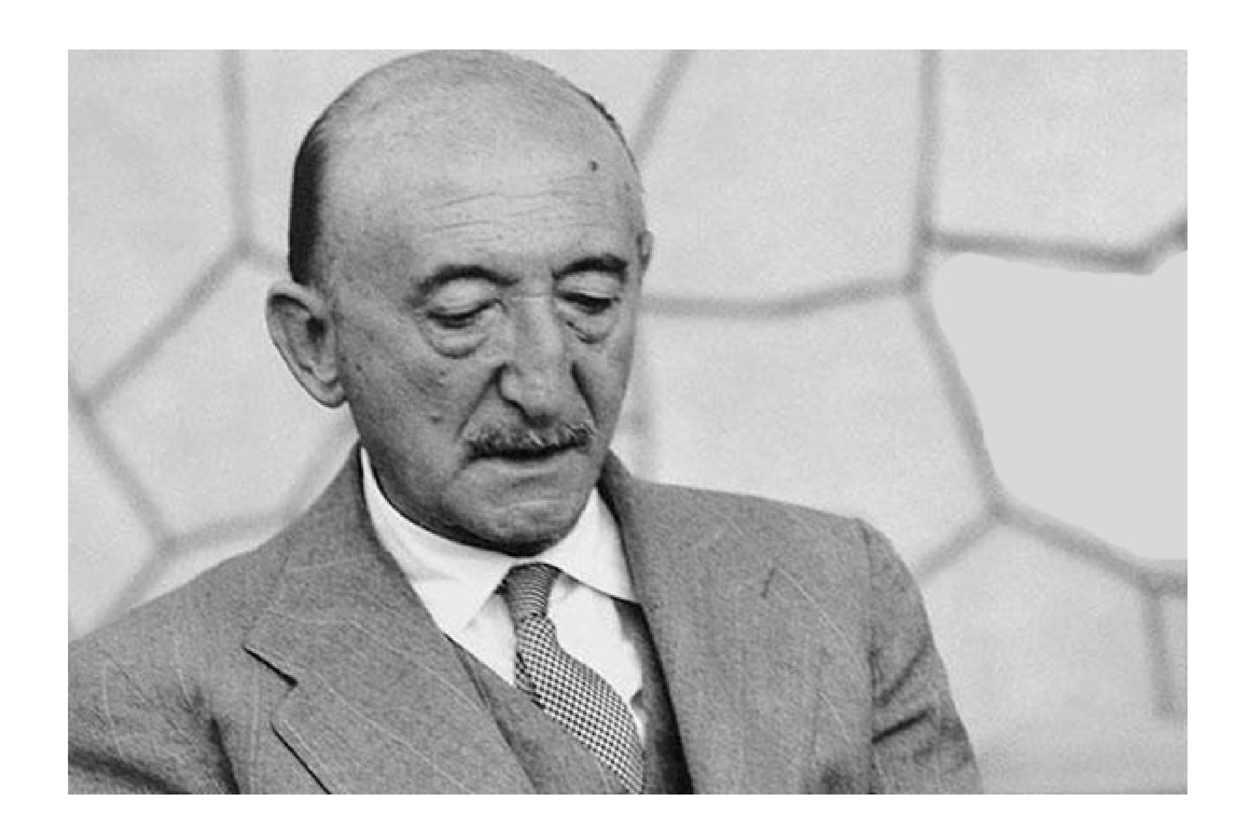
EN MADRID



WENCESLAO FERNANDEZ FLOREZ

Nace en La Coruña. Su vocación de escritor fué precoz. A los 15 años publicaba poesías y cuentos en los diarios regionales. Don Torcuato Luca de Tena lo incorpora al «A B C», donde aparecieron las «Acotaciones de un oyente». Su novela «Volvoreta» obtiene un éxito delirante. La obra de Wenceslao Fernandez Florez comprende treinta libros, cuyos títulos principales son: «Las siete columnas», «Relato inmoral», «El secreto de Barba Azul» y «El bosque animado». Pertenece desde 1934 a la Real Academia Española. «EL FANTASMA», que hoy publicamos, es una de sus más deliciosas novelas de humor.

PRECIO DE ESTE EJEMPLAR PTAS. 6



WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ (La Coruña, 11 de febrero de 1885 - Madrid, 29 de abril de 1964). Fue un escritor, periodista y humorista español. Publicó unas cuarenta novelas y libros de relatos de humor, caracterizados éstos por un fino humor irónico de sesgo gallego a veces cercano a lo fantástico. Se muestra muy sensible al paisaje galaico que envuelve en un profundo lirismo. Muchas de sus novelas y relatos poseen contenidos simbólicos. No se muestra un innovador en cuanto a las formas y estructuras novelísticas, sino que sigue académicamente los modos de la narrativa tradicional.

Existen en él reminiscencias de Stendhal y de Eça de Queiroz, llegando a ser uno de los grandes conocedores y participando en el volumen que con motivo del 150 aniversario se prepara en Portugal y del que tradujo las más bellas páginas de Eça de Queiroz: «El primo Basilio», «El crimen del Padre Amaro», «L'Ilustre Casa de Ramires», «Los Maias», «La ciudad y las Sierras», «San Cristóbal», «Adán y Eva en el Paraíso», «Epistolario de Fadrique Mendes», «Mandarin». Su obra transmite un mensaje de escepticismo hacia un mundo que cambia sólo superficialmente y descuida valores espirituales y morales permanentes. Sus personajes son reales, como lo eran en el caso de Eça de Queiroz, y se mueven entre la frustración y el fracaso. Pese a lo subversivo, a veces, de su conservadurismo, gozó el autor

de gran prestigio bajo el franquismo, publicando con regularidad artículos de prensa, a veces críticos contra el gobierno de Franco, cómo por ejemplo la serie en la revista *Semana* sobre el cine en favor del Cine español y en contra del cine Americano que el gobierno tenía que importar por los acuerdos con USA. Gozó de amplia protección oficial y la Editorial Aguilar publicó una bella edición de sus *Obras Completas* (Colección Joya).

Su obra narrativa comprende títulos como *La procesión de los días* (1914); *Volvoreta* (1917), una descripción de las costumbres provincianas; *Las gafas del diablo* (1918); *Ha entrado un ladrón* (1922); *El secreto de Barba Azul* (1923); *Las siete columnas* (1926), en la que los siete pecados capitales aparecen irónicamente como los pilares de la sociedad moderna; *Relato inmoral* (1927); *Fantasmas* y *Los que no fuimos a la guerra* (1930); *El malvado Carabel* (1931); *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral* (1933); *Una isla en el mar Rojo* (1939), sobre la Guerra Civil española; *El bosque animado* (1943), llevada al cine en 1987 por José Luis Cuerda.

En plena dictadura franquista ganó la batalla, desde el sillón S que ocupaba en la Real Academia Española, para que el gallego dejase de ser dialecto y pasase a tener categoría de lengua.